



«La Infanta Isabel y la marquesa de Nájera» (1915) y «Cuerda de presos» (1901), el cuadro que le llevó al éxito en plena juventud.

La exposición de la semana

José María López Mezquita (1883-1954)

TAL vez no existe en la historia de nuestras Exposiciones Nacionales de Bellas Artes un caso parecido al de López Mezquita (Granada, 1883-Madrid, 1954) que, a sus dieciocho años, en la Nacional de 1901, obtiene la medalla de oro por su cuadro titulado «Cuerda de presos». Éxito tan precoz es rarísimo, en tal tiempo sobre todo, y en una muestra en la que, entre otros pintores, participan Gonzalo Bilbao, Beruete, Mir, Moreno Carbonero, Pinazo, Cecilio Pla, Regoyos, Rusiñol, Zuloaga y Sorolla (a quien se concede la medalla de honor por el conjunto de su envío, del que destaca «¡Triste herencia!»). No se trata tanto de la precocidad en el dominio del oficio como del reconocimiento oficial: Picasso, a los diecinueve años, en la Nacional de 1897, recibe una mención honorífica por su lienzo «Ciencia y caridad»; a la edad en que López Mezquita es glorificado, Rafael es todavía un discípulo no advertido del Perugino, y Eduardo Rosales, que muere a los treinta y siete años dejando su obra magistral, hubo de esperar a la Nacional de 1864, teniendo él veintiocho años, para que su «Testamento de Isabel la Católica» obtuviera primera medalla.

No será ocioso, pues, siquiera sea de pasada, indagar las posibles causas del éxito de López Mezquita, con motivo de cita antológica que, organizada por la Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Granada, se ha inaugurado en el Museo Municipal. Una de ellas, por supuesto, la calidad intrínseca del cuadro «Cuerda de presos»; otra, lo que este gran lienzo supone ya en la clausura de los asuntos historicistas que habían

Museo Municipal
Fuencarral, 78

Hasta el 28 de febrero
De 10 a 14 y de 17 a 21

melodramatizado el medio siglo de la Exposición Nacional; y una tercera, puede que muy significativa y, tal vez por ello, poco estudiada: el del tema «social», latente desde hacía una década en el certamen decimonónico. De 1890 es el cuadro de Jiménez Aranda titulado «Una desgracia»; de 1892, «Una huelga de obreros en Vizcaya», de Vicente Cutanda; de 1895, «¡Aún dicen que el pescado es caro!», de Sorolla; tres años después de «Cuerda de presos», en 1904, se premia el célebre lienzo de Ramón Casas «Barcelona, 1902», en el que los guardias cargan contra unos manifestantes, a quienes pisotean los caballos; y años antes, Benedito, Chicharro y Sotomayor pintan «La familia del anarquista la

víspera de la ejecución». Con lo cual, y sin necesidad de extremar la teoría determinista de Taine, parece consecuente tener en cuenta aquí el tan bien llamado «espíritu del tiempo». En 1885, por ejemplo, Pablo Iglesias funda «El Socialista», y en 1888, la UGT. Los cuadros de tema «social» están de moda; se desarrolla ampliamente el que Lafuente Ferrari advierte como «género obrerista».

«Cuerda de presos» llega en su momento oportuno, y a partir de entonces López Mezquita (que por cierto hace muy bien en ser un buen burgués en su vida privada) será uno de los artistas más elogiados por los intelectuales de la política (Unamuno, Blasco Ibáñez, Pérez de Ayala), de los que pinta

espléndidos retratos (De los Ríos, Azaña, etcétera), si no tan excelentes como los de sus amigos y el de la Infanta Isabel, sí que mejores que los tardíos de la familia del mariscal Trujillo. Y aquí, en los retratos, es donde López Mezquita desarrolla toda su gran obra posterior a «Cuerda de presos». Pérez de Ayala lo considera «un pintor de auténtico linaje español» precisamente porque es un pintor de retratos, como, esencialmente, lo son Velázquez, El Greco, Zurbarán, Murillo, Ribera, Goya... Max Nordau lo reconoce como «un descendiente auténtico y limpio de sangre de Velázquez y Goya», y Gaya Nuño lo proclama «pintor de raza y enorme retratista, autor de unas imágenes todas nervio, como el imborrable retrato de Pedro de Répide o el de la Infanta Isabel. Ha sido uno de los pintores dotados de verdadera maestría en el arte de retratar»...

Es, en ese sentido, muy superior al pintor de género andalucista que, de alguna manera, también debe ser, y es en los retratos donde, sin desvincularse del que se tiene (¿por qué será?) por talante tradicional español, López Mezquita casi se aleja del siglo XIX, que a despecho del calendario, lo glorifica en 1901. Hoy, pasados los años, el maestro granadino, salvado ya de las apoloías contraproducentes, y de las ignorancias, y rescatado de las contingencias de su época, se nos aparece como una de las figuras más nobles y significativas del tan en gran medida (en ciertas cosas hasta ahora mismo) porlongado siglo XIX español.



«Autorretrato», pintado hacia 1915, cuando el pintor lograba sus mayores triunfos en España y en el extranjero, tanto con sus retratos como con sus pinturas «andalucistas».

A. M. CAMPOY